



CAPITULO I.

*Guelatao.*

**D**ECLINABA la tarde: el sol parecía hundirse detrás de la próxima montaña en los momentos en que un muchacho de doce á catorce años, descalzo, vestido apenas con un pedazo de manta que en forma de calzones le cubría de la cintura á las rodillas, llegaba jadeante al borde del arroyo, bebía agua en la palma de la mano y luego se dejaba caer en un pedazo de un tronco de árbol carcomido por el tiempo, que yacía recargado sobre la arena.

El día había sido caluroso, de tal modo que todavía á aquellas horas el agua del arroyo vaporizaba, sintiéndose que las piedras estaban candentes después de doce horas en que había estado cayendo sobre ellas el fuego del cielo.

Aquella pobre criatura de color cobrizo, después de haber satisfecho la sed en una forma tan rústica y después de haber estado descansando unos cuantos minutos



sobre el tronco de árbol carcomido que se encontraba al borde del río, se levantó, cogió varias piedrecitas y empezó á arrojarlas sobre el agua, divirtiéndose con las burbujas que aquella formaba y con el gran número de gotas que saltaban á todos lados, como si cada piedrecita fuera una pequeña granada que hiciera explosión.

Así permaneció en el sitio como una media hora, unas veces sentándose en el pedazo de árbol derrumbado y otras haciendo estallar el agua con las piedras de todos tamaños que le arrojaba, hasta que volvió la cara, y notando con cierto asombro que ya el sol había desaparecido, echó á andar por la vereda que conducía del arroyo al próximo poblado.

El encuentro que tuvo al llegar cerca de uno de los primeros jacales, decidió de la suerte futura del muchacho.

—¿De dónde vienes, Benito Pablo?

Benito se estremeció al oír aquella pregunta, porque caminaba muy distraído, y no contestó de pronto ni una palabra.

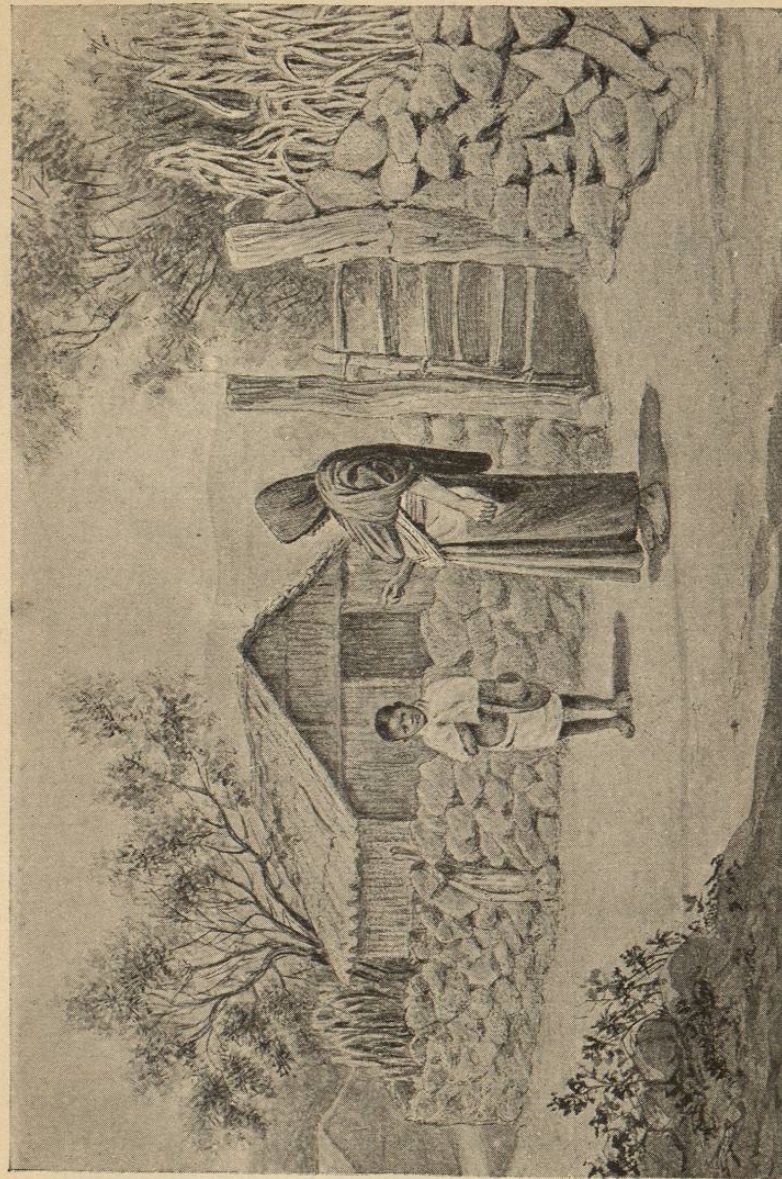
Quien dirigía la pregunta era una anciana que acababa de salir de entre las milpas, á donde había ido á recojer unas yerbas que cocer para la cena. La mujer volvió á decir con cierto tonillo de mando.

—Te pregunto de dónde vienes ahora, Benito Pablo.

—No vengo de ninguna parte, madrina Apolonia, contestó el indito en el mismo dialecto en que la vieja le hablaba.

—Esa no es respuesta: de alguna parte has de venir.

—Fuí al cerro después que me almorcé mi «taco de fri-



—¿De dónde vienes, Benito Pablo?



joles y allí me he estado tirando pedradas á los pájaros y á las lagartijas.

—¡Miren qué gracia! pues esa ocupación no te ha de hacer hombre: es necesario que sepas que ya tienes trece años: hace un mes y medio se cumplieron, desde el día en que te llevé á Santo Tomás con el señor cura D. Ambrosio Puche á que te echara las aguas bautismales.

El indito solamente abrió la boca; pero como Apolonia García, su madrina, era de suyo incansable cuando le daba por ser locuaz, prosiguió diciendo:

—Era un día domingo cuando salimos de aquí, de este rinconcito de la tierra que se llama San Pablo Guelatao, porque así le pusieron nuestros mayores, tu padre D. Marcelino Juárez y tu madre Doña Brígida García, que de Dios gocen, llevándote yo en brazos, como que iba á ser tu madrina, y á las cinco de la tarde que llegamos, nos dirigimos al curato y allí el sacristán D. Mariano Cortabarrín recibió los doce reales, escribió en los pergaminos é hizo todo lo que había que hacer para que á tí se te hiciera cristiano. . . . ¿me parece que ya sabías esto?

—Sí, madrina, su mercé me lo ha contado varias veces.

—Nos volvimos á nuestro pueblo esa misma noche, nos recibieron los vecinos con cohetes y músicas, algunos se pusieron una buena borrachera y toda la noche estuvieron tocando, bailando y cantando. Mi marido Francisco García no fué al bautismo porque estaba enfermo de la enfermedad misma de que seis meses después había de morir. Tus padres también murieron cuatro años más tarde, y tú y yo nos quedamos solos en el mundo.

—Yo me quedé con mis abuelitos, madrina.



—Que también murieron, dejándote en poder de tu tío Bernardino Juárez que es quien te mantiene, aunque no con toda su voluntad, y que está pensando ya en ponerte en cualquier trabajo.

—Sí, ya me dijo ayer que me estaba consiguiendo un empleo de guardador de ganado.

—A mí también me dijo que si no podía recojerte como tu madrina que soy, que él por su parte ya estaba enfadado de darte la comida de balde y que ya estabas entrando en edad de trabajar. . . .

—Yo lo que hubiera querido, madrina, era aprender á leer y escribir, aunque tuviera que ir á la escuela hasta Ixtlán.

—Yo también quería inclinar á eso á tu tío, y le he hablado de lo conveniente que sería que aprendieras algo de lo que enseñan en la escuela; pero me ha contestado que para nada sirve eso y que también manejan el arado los que tienen como los que no tienen esas letras.

—Sin embargo, madrina, yo quiero aprender.

—Pero como tu tío no quiere dejarte. . . .

—Mi tío no quiere dejarme porque dice que primero tengo que ayudarle á trabajar, que entre los dos debemos ganar el maíz para la familia. . . .

—Pues ahí tienes. . .

—Por eso yo he pensado en una cosa que. . . no. . . no es imposible.

—¿Qué es lo que has pensado?

—He pensado irme á Oaxaca con mi hermana que está allí sirviendo.

—¿Y dices que eso no es imposible?

—No lo es; en caso que haya quien me enseñe el camino.

—El camino es lo de menos, ya te juntarías con algunos arrieros ó carretoneros que fueran de Ixtlán y que solemos encontrar por las veredas inmediatas: las dificultades son otras.

—¿Cuáles, madrina? Dígamelas, usted que sabe tantas cosas.

—Desde aquí está muy lejos Oaxaca y luego se necesitaría algún bastimento y algún dinero para el viaje.

—Mi tío me ayudaría con algo y usted. . . .

—Yo también, yo también tengo por allí enterrados como unos doce reales que para cuando fueras hombre te los estaba guardando y no dejaría de darte un pollo y algunos «blanquillos» para tu bastimento; pero falta una cosa todavía. . . .

—¿Qué cosa falta?

—Conocer la voluntad de tu hermana. . . . Conque si no quiere reciberte ni tiene recursos para mantenerte?

—Estando yo en Oaxaca ganaría dinero.

—¡Qué habías de ganar! ¿Qué sabes tú hacer para ganarlo?

—Allí aprenderé luego un oficio.

—No se aprende un oficio ni en dos meses.

—Mientras puedo ganar algo yo procuraré comer muy poco, muy poco.

—En fin, pide la licencia á tu tío á ver qué te dice.

—Si yo supiera escribir, madrina, hoy mismo le escribiría á mi hermana Crisóstoma.

—Aquí hay un indio que se llama Juan Antonio, que tiene tintero, pluma y papel y suele poner renglones aunque muy chuecos: á ese veremos en caso de que tu tío apruebe nuestro plan.

—¿Me ayuda usted, madrina?



—Sí, yo misma te acompañaré para que entre los dos le hablemos.

Y la anciana y el muchachito de trece años, cogidos de la mano, ella preocupada y este brincando lleno de gusto, se encaminaron al jacal que servía de vivienda á Bernardino Juárez y su familia, en el que se encontraban cerca del fogón rezando el rosario.

TIA POLONIA, como llamaban en Guelatao á la madrina de Benito Pablo, y el muchacho, se arrodillaron en la puerta respondiendo las Aves Marías según el uso transmitido de generación en generación hasta nuestros días. Cuando se terminó el rezo, Benito que era el menor, besó á todos la mano y poco después abordaron la cuestión madrina y ahijado.

Al principio el tío Bernardino hizo una oposición que parecía llevar el carácter de invariable, porque no podía convenir en que se le fuera el muchacho en los momentos en que iba ya á desquitar el pan que se había comido; pero á fuerza de reflexionar que de todas maneras se quitaba de encima una carga y una responsabilidad, convino en que era necesario prevenir á la sobrina Crisóstoma.

Aquella noche Benito Pablo, por primera vez en su vida, soñó y soñó cosas agradables, como personas, trajes y cosas que nunca había visto; como templos, plazas, mercados de que apenas había oído hablar; como dilatados campos, elevadas montañas, rísueñas campiñas, ríos caudalosos que era necesario cruzar en los largos viajes, y en fin otras muchas cosas demasiado fantásticas para su edad.

Se pasaron veinte días cuando se recibió en San Pedro Guelatao, procedente de Santo Tomás Ixtlán en donde había dormido ocho días, una carta cuadrada pegada

con varias obleas, que se abrió en presencia de todos los vecinos y que fué deletreada por el único que sabía leer, cuya carta decía en traducción corriente:

«Querido tío Bernardino, mándeme á Benito Pablo y que traiga lo necesario, pues aunque yo estoy sirviendo, soy muy pobre y apenas me mantengo sola; pero no me faltará un pedazo de pan que darle á mi hermano, y al cual tiene muchas ganas de darle un abrazo su hermana Crisóstoma.»

Todo fué oír aquello y soltarse el muchacho Benito Pablo dando de brincos. No sabía hablar ni podía expresar con las pocas palabras que tenía aprendidas todo su júbilo; pero lo expresaba demasiado con sus saltos y con decir de cuando en cuando:

—¡Qué bueno! ¡qué bueno!

Benito Pablo sin pensar en que se manifestaba hasta cierto punto ingrato con su tío Bernardino, dijo que su deseo era partir inmediatamente.

Sí, ¡facilito era salir de Guelatao así como quiera!

Su madrina se encargó de llevarlo á confesar el próximo sábado para que hiciera su primera comunión el domingo; pero ese deseo fué malogrado porque el niño indígena no sabía la doctrina cristiana, ni podía, según el cura, acercarse todavía al tribunal de la penitencia, sino cuando estuviera un poco más instruido en religión y llegara á comprender lo que era el pecado.

¿En qué forma podía pecar en Guelatao una criatura de trece años, que no usaba zapatos ni camisa? Fué precisamente por lo que se detuvo un poco más, porque sus parientes y madrina tomaron empeño en que fuera á Oaxaca el muchacho, siquiera con una camisa y unos calzones nuevos. También había de ponerse, para que no se



hiciera pedazos los piés en el camino, unas sandalias (unos «huaraches» de zuela y correas.)

Ya provisto de todos esos menesteres, el indito Benito Pablo salió de San Pablo Guelatao el 5 de agosto de 1818; el 6 del mismo mes á las cinco de la mañana, partió de Ixtlán recomendado á unos indios que llevaban huacales de huevos y pollos á Oaxaca, y el día 12 del mismo mes y año se echaba en los brazos de su hermana Crisóstoma, que todos los días salía al camino á esperarlo, desde que supo que ya no debería tardar su arribo.

—Ya estás aquí, Benito Pablo, le dijo abrazándolo; mañana veremos de qué manera te acomodo.

Y el muchacho le contestó muy serio:

—No te apures por mí, que traigo mucha ropa, mucho dinero, y mucho bastimento.

El dinero eran seis reales y el bastimento cinco tortas rellenas de frijoles.



## CAPÍTULO II.

*Se cierra el prólogo.*

**C**ORRÍA el año de 1834: hacían 16 años justos que el indito Benito Pablo había salido de su pueblo natal, y en estos 16 años había visto desfilar ya una multitud de acontecimientos notables: se había realizado la independencia, se había elevado un imperio de poca duración, se había fusilado á Iturbide que tuvo la audacia de apropiarse la investidura de emperador, y allí cerca se había fusilado también al último de los héroes de la independencia, D. Vicente Guerrero, á quien sacrificaron ciegos de ambición y de mando, Sánchez Facio, D. Lucas Alamán y el General Bustamante, sirviendo de vil instrumento Picaluga; se había establecido la República de 24 y se habían estado sucediendo toda clase de gobiernos por medio de pronunciamientos militares que tenían en constante agitación á los Estados, perjudicando las carreras literarias de todos